

**PROGRAMA**

**ACTÉON** ÓPERA

**NAVE**  
**UNCUYO**



¿Cuándo fue que el mito se convirtió en mito?  
Ya nadie se lo pregunta, ya nadie se hace preguntas.  
El mito surge de la nada, es decir, de un vacío,  
de una falta originaria que nos resulta imposible de  
explicar con nuestras herramientas de carne y hueso  
y ciencia. El mito es una especie de máquina imaginaria,  
un artefacto diseñado para tratar lo intratable.  
No obstante: ¿de dónde nace esta terca necesidad de  
rellenar agujeros? ¿Qué nos lleva a querer averiguar sobre  
el origen, sobre la verdad de las cosas? ¿Por qué nos  
moviliza la búsqueda de la verdad y no, como dice Nietzsche,  
la búsqueda de la ignorancia? ¿Qué hay en nosotros que nos  
lleva a querer alcanzar la verdad? ¿Qué hay en la verdad que  
la lleva a querer alcanzarnos?

La idea de la verdad como única y absoluta parece haber  
quedado en el pasado, sin embargo, muy por debajo,  
continuamos sosteniendo la ilusión de que dicha verdad en  
algún lado tiene que estar, que alguien por fin dará con ella;  
nos pica el bichito de la esperanza cuando vemos en la  
televisión alguna noticia científica que conjetura sobre el  
secreto origen de nuestra especie, la partícula de Dios o el  
hallazgo de planetas con propiedades similares a las de la tierra,  
porque la idea de que exista algo que nos prometa un “todo”, lo  
completo, lo sin agujero, nos da garantías, nos cierra, nos calma y  
empuja dos centímetros más al fondo, la angustia de no saber  
para qué estamos acá.

En la mitología griega, la idea de lo completo, del “todo”, tiene su lugar en la denominada “Edad de Oro”, tiempo en que dioses y humanos conviven en la tierra. Se trata de un lugar, próximo a Corinto, donde dioses y humanos participan de las mismas comidas, se sientan en las mismas mesas, festejan juntos. Pero este lazo no se sostiene por mucho tiempo y luego del reparto de los confines del mundo, dioses y humanos se distancian.

De ahora en adelante, a los humanos, el acceso al reino de los dioses queda prohibido, y todo aquel que transgrede las normas es sancionado por los dioses a través de los más terribles castigos.

Uno de los mitos que cuenta las amenazas que acechan a quien franquea ciertos límites es el de Acteón.

El poeta romano *Ovidio*, narra que en el valle de Gargafia, en una cueva dentro del bosque, se encuentra Diana, la diosa de la caza y de la virginidad eterna. Agobiada, la diosa decide bañarse en la fuente donde descansa junto a un grupo de ninfas. En el mismo valle, Acteón, nieto de Cadmo, se separa del grupo de cazadores, adentrándose en el bosque y, sin pretenderlo, da con la fuente donde ve a Diana desnuda. Acteón queda fascinado ante la belleza divina y no puede apartar la mirada de la diosa.

Al descubrirlo, las ninfas intentan ocultar a Diana con sus cuerpos, pero ella es más alta y sobresale por encima del resto. Para Diana, ser vista desnuda es considerado como una violación a su intimidad divina, entonces se echa a un lado, quisiera tener al alcance sus flechas, pero sólo cuenta con el agua de la fuente, con la que salpica el rostro de Acteón y mojando su pelo con las aguas vengadoras, añade estas palabras, que vaticinan la futura desgracia:

*“Ahora ve a contar que me has visto sin velo; si es que puedes contarlo”.*

Acteón huye entonces y se sorprende de ser tan rápido en la carrera y cuando mira su reflejo en el agua, ve su rostro transformado en el de un ciervo.

Aterrado, llega al campamento para contar a sus compañeros lo sucedido, quiere hablar, pero le es imposible. Al verlo, los cazadores, sin saberlo, ordenan a los rabiosos perros que atrapen al ciervo y llaman a Acteón, como si estuviese ausente, y lamentan que no esté y que no pueda contemplar el espectáculo de la presa que se les ha ofrecido.

Pero él está presente, desearía estar ausente, pero está allí, y desearía ser espectador, y no experimentar en carne propia las crueles hazañas de los perros, que terminan despedazando a su propio amo.

La ópera de Charpentier, finaliza con el descenso de Juno.

La diosa se presenta para anunciar al grupo de cazadores que en vano llaman a su héroe para celebrar la bravura que han tenido los perros. Juno les confiesa que el cazador se ha convertido en presa y que toda esta desgracia es obra suya y que Diana sólo ha prestado su mano para su celosa rabia.

El final de la Ópera nos enseña que ni siquiera en el prohibido acceso a la intimidad de Diana se ha dado con la verdad, ya que todo lo ocurrido ha sido obra de la reina de los dioses y de su ira ante el engaño de su esposo Júpiter con Europa, con quien Acteón comparte sangre.

Esta escena nos devela, entonces, que no ha habido casualidad en el hecho de que Acteón descubriera a Diana desnuda en aquella fuente, y, lo que es más importante, que Diana ha sido, a su vez, parte del plan de otra diosa.

# ACTÉON

Marc-Antoine Charpentier (1643 – 1704)

Tragédie en musique en seis escenas (1684)

**Dirección musical** Pedro Garabán

**Concepción escénica** Felipe Hirschfeldt

**Dirección de escena** Federico Ortega Olivares

**Texto y guión de pre-escena** Facundo Mantovani

**Asistencia técnica** Santiago Quiroga

**Prensa y difusión** Federico Henríquez  
Valentina Herrero

**Diseño gráfico** Victoria Peinetti

**Registro audiovisual** Galaxia Audiovisual

**Subtítulos** Juan Heiremans

# Ensamble

**Violines** Emilio Mini  
Magdalena Scattolini

**Traversos  
barrocos** Mariana Jordán  
Julián Rodrigo

**Viola de gamba** Gabriela Guembe

**Violoncello** José Luis Di Marco

**Contrabajo** Enzo Paolo Rossi

**Tiorba** Daniel Ganum

**Clave** Gustavo Richter

**Percusión** Laura Mendoza

# Reparto

**Actéon** Gabriel Sánchez

**Diane** Griselda López Zalba

**Arethuze** Cyntia Franchini

**Juno** Luciana Orellana

**Daphne** Priscila Rupcic

**Hyale** Julieta Peña

**Cazadores  
escena I** Matias Gancia  
Santiago Quiroga

**Cazadores  
escena VI** Rocío Pérez  
Victoria Pibert

Jorge Michel

Brian Córdoba

Gabriela Psenda

Giuliana Mattiazzo

Mauro Loconi

**Actrices y actor de  
pre-escena**

# Coro de la Facultad de Ciencias Médicas

**Director** Pedro Ignacio Garabán

**Asistente de dirección** Candela Fernández

**Preparadora vocal** Cyntia Franchini

**Coordinadora** María Inés Echeverría

**Tesorero** Raúl Berti Rossi

## Sopranos

Agustina Machuca  
Belén Salinas  
Gisella Ortiz  
Jesica Mastrogiudice  
Julieta Peña  
María Laura Jofré  
Priscila Rupcic  
Rocío Pérez  
Romina Callela  
Silvana Bianchi  
Victoria Moschetta  
Victoria Peinetti  
Victoria Pibert  
Virginia Farías

## Contraltos

Aimé Cristaldo  
Ana Rosa Peralta  
Andrea Páez  
Angélica Carbajal  
Blanca Noemí Arce  
Denise Accornero  
Mariana Arreghini  
Patricia Zuluaga  
Rocío Ocaranza  
Rosa Molina  
Sonia Shiratori  
Valentina Herrero

## Tenores

Daryl Figueroa  
Héctor Ramazzi  
Jerónimo Sasso  
Jorge Michel  
Lucas Becerra  
Lucas Oropel  
Luis Aguilar  
Matías Gancia  
Raúl Berti Rossi  
Ignacio Laucirica  
Víctor Ledesma

## Bajos

Alfredo Bonadé  
Brian Córdoba  
Federico Henríquez  
Lucas Santoni  
Miguel Moschetta  
Pedro Moya  
Pedro Paz  
Rubén Herario  
Santiago Quiroga



## Agradecimientos

Gabriela Guembe, Alejandro Fiore y Mario Maserà,  
por los consejos musicales.

Decano de la Facultad de Ciencias Médicas, Dr. Roberto Miatello,  
por apoyar la actividad coral y reconocer su valor en la formación profesional.

Lucía Mantovani y Ana Rosa Peralta,  
por la ayuda en la comprensión del idioma.

Sandra De Cicco y Daniela Cortese,  
por el aporte con su mirada fotográfica en los ensayos.

Personal técnico y administrativo de la Nave UNCuyo,  
por el profesionalismo y predisposición con el proyecto.

Familia, amistades y público del Coro FCM,  
por acompañar con afecto nuestro crecimiento.

